

## SILENCIO

Me ha sorprendido gratamente el documental sobre la vida de los cartujos: el “Gran silencio” de Groening, quien tuvo que esperar 16 años para entrar a rodarlo en la Grande Chartreuse (bastante menos de lo que han tenido que esperar las mujeres para ver los frescos de Goya en Aula Dei) Acercarse a la vida de los cartujos como espectador es conocerla de oídas o a vista de pájaro, o de turista, un modo superficial de conocerla que, aún así, tiene la ventaja de alejarnos un poco de la nuestra y de aproximarnos virtualmente a la suya sin perturbarla. Mejor eso que entrar a fisgonear en la cartuja. Mejor exhibirla en la pantalla que exponerla a ser violada en la clausura. Lo primero puede entenderse como salida al mundo en comisión de servicio, como una condescendencia de los cartujos en beneficio de laicos y profanos. Lo segundo sería sólo una pérdida para todos, salvo que se hable de ganancia en términos económicos; pero eso, el dinero, es harina de otro costal. Como aquel diputado que proponía llenar Veruela de monjes, como de pájaros, sin otro fin que el de cantar gregoriano para atraer a los turistas. No es eso.

El “gran silencio” de la película que atrae a los espectadores no es el Silencio que seduce a los cartujos y del que ellos, según dicen, se han dejado seducir. Una gota que cae no es el silencio, ni la hoja del árbol, ni la oración que apenas se desprende de sus labios, ni el canto llano que sube como el incienso, ni el sonido de la campana que se expande en horas contadas, ni la nieve, ni la noche que se echa encima, ni el rocío o la escarcha, ni el bosque que crece, ni la hierba, ni la primavera que viene y nadie sabe como ha sido... Nada de eso es el Silencio. El “gran silencio” se oye demasiado y sólo es silencio de verdad el que se escucha. El otro sigue siendo ruido para los místicos.

El Silencio, de quien los cartujos confiesan ser discípulos, es la Nada de todo eso. Es el que es, sin énfasis ni adjetivos, sin alardes, como una presencia sin orillas que todo lo abarca y lo comprende. Es lo que trasciende, como la luz que todo lo envuelve. No es más, sino distinto. No es un objeto. No está al alcance de la mano como una flor, como un martillo o como una bomba, claro. ¡Ay de los silenciadores asesinos, estúpidos, que atentan contra la vida y la palabra y quieren matar al Silencio con una bomba! Ciegos y guías de ciegos, ellos que no saben hablar ni escuchar, tampoco saben que el Silencio no puede ser su objetivo.

La privación de la palabra no es silencio en modo alguno: sólo guarda silencio el que es capaz de hablar y de escuchar. La palabra viene del silencio, de esa capacidad, que es la palabra de todas las palabras o la madre del diálogo, y éste su hijo legítimo como palabra cabal o palabra viva; no como palabra dicha sino como decir, como verbo, cuyo sentido no es un significado fijo o un comunicado sino un mensaje abierto de comunicación. Como el sentido del camino que se hace al andar. El diálogo avanza entre las partes como el hilo y la aguja entre costuras. Hasta que el abismo o el silencio que somos, la pregunta que a todos nos envuelve y nos implica, esa herida, sea salva y sanada, colmada y satisfecha por el Silencio que no somos. Hasta hallar la respuesta que buscamos, si es verdad, como esperamos, que un abismo llama a otro abismo y si hay Dios para nosotros. Hasta la reconciliación final. Hasta que las paces que podemos hacer (nada más que remedios o remiendos de la historia, ese descosido) nos dispongan a recibir la Paz que sólo nos cabe esperar. De esa Paz y de ese Silencio, se confiesan discípulos adelantados los que se abren después de todo a la contemplación dejando atrás todo discurso. Los místicos son los centinelas del espíritu.

Pero ya dijo Pascal que los hombres, para ser felices, “lo único que han inventado es el ruido y el movimiento”. De modo que, derrotado el pensamiento y la palabra, reducida la cuestión a las cuestiones, se acaba el discurso, se dispara el ruido, se desata el movimiento de todos los deseos y no queda al parecer más silencio que el silencio impuro de los silenciadores, esto es, el ruido en estado puro y la prisa hasta el atropello. La explosión. Pero sólo al parecer, aunque sea verdad por otra parte que es en esa apariencia donde nos hallamos perdidos el común de los mortales: “Custos ¿quid de nocte?”

José Bada  
4.1.2007

